

LA ESPAÑA QUE VIVIÓ

JORGE JUAN

(REFORMISMO, REALISMO, ILUSTRACIÓN)

José CERVERA PERY
General auditor (RR)

Correspondiente de la Real Academia de la Historia

El cambio estructural del nuevo siglo



JORGE Juan Santacilia nace en 1713, año de malos vientos para España, y muere en 1773, cuando el reformismo borbónico parece consolidado, el realismo se ha impuesto a las especulaciones y conforma su perfil la España ilustrada. La vida por tanto del ilustre marino y científico, que tanta atención ha merecido, y cuyos rasgos más sobresalientes se desglosan en el número de esta REVISTA, discurre durante los reinados de Felipe V, Fernando VI y parte del de Carlos III. Compartirá por tanto los primeros pasos del reformismo dieciochesco, el realismo que protagonizan ministros como Patiño, Campillo y Ensenada, y el despegue de la Ilustración, cuyos elementos más significados adoptan una actitud crítica ante el pasado, oponiendo la razón a la tradición. Tres factores de muy diferente corte que habrán de jugar un importante papel en los sesenta años de la vida de Jorge Juan.

Contaba tres meses de vida a la firma del primer Tratado de Utrecht, que reconocía a Felipe V como rey de España y de las Indias españolas, pero que le obligaba a renunciar a sus derechos al trono de Francia y sufrir dolorosas amputaciones territoriales, cediendo a Austria sus posesiones españolas en Italia y los Países Bajos del sur, y a Inglaterra, Gibraltar y Menorca, aunque esta última pudiera ser recobrada después.

Sin embargo, la nueva dinastía reinante creó el marco político adecuado para la revisión crítica y ruptura con el pasado, así como una apertura a nuevos horizontes. Muchas de las reformas emprendidas eran necesarias para



Estatua de Jorge Juan en Ferrol. (Foto: M. González).

poner en marcha un proceso de modernización de la sociedad, del pensamiento y de la economía, y algunas estaban bien planteadas, como las de Patiño y Ensenada, sobre todo en el ámbito de la reconstrucción naval, pero otras llevaron a cabo algunos proyectos con escaso acierto.

El 19 de julio de 1746 fallecía Felipe V, dejando a su muerte dignificado el poder naval y la Marina Real unificada, hasta entonces distribuida en no menos de ocho y hasta antagónicas armadas y escuadras autónomas. Se había creado la Secretaría de Marina para regirla, y el Cuerpo General, con las denominaciones de empleo

existentes aún hoy en casi su totalidad, y el después denominado de Intendencia para su administración.

En esas fechas Jorge Juan tiene 32 años y acaba de volver de América, donde ha permanecido 11 formando parte, junto a Antonio de Ulloa, de la expedición organizada por la Academia de Ciencias de París con el fin de resolver el entonces apasionante problema de la forma y dimensiones de la Tierra. Era por tanto el primer fruto logrado de la madurez científica de la Real Compañía de Guardias Marinas creada por Patiño.

La España de la nueva dinastía con la Marina al fondo

Es evidente el acierto del primer Borbón español al rodearse de buenos consejeros, hombres animosos como Bernardo Tinajero de la Escalera, sin duda el primer ministro de Marina que ha tenido el Estado español; Andrés

del Pes, general de las Escuadras, y Antonio de Gaztañeta, constructor y marino, a los que hay que añadir los famosos Patiño y Ensenada y aun Campillo. Por eso en pleno desarrollo marítimo, Fernando VI mantiene a Ensenada en su alto puesto y recibe en su «Representación al Rey» las bases de una acertada política naval, lo que es decir que puede estar mentalizado, a pesar de su evidente pacifismo, en que «no hay potencia en el mundo que necesite más de las fuerzas marítimas que España, pues es península y tiene que guardar los vastísimos dominios de América que la pertenecen». Carlos III, que rehabilitó al marqués, continuó su obra dentro de las consignas de equilibrio y neutralidad a las que se adhería, interrumpidas por los Pactos de Familia y la guerra contra Inglaterra; pero Carlos IV —cuyo reinado no conoció Jorge Juan— no tuvo en su presencia de ánimo los intereses marítimos españoles, a pesar de que el conde de Floridablanca mostrase no poca preocupación por el poder naval, singularmente en relación con la presencia española en el Mediterráneo, y que sea Godoy, con su Almirantazgo —en el que fue más naufrago que timonel— quien no haga cambiar el rumbo de las cosas.

La importancia de las comunicaciones marítimas se advertirá de manera innegable a través de los planteamientos estratégicos que la nación tiene que asumir por su posición geográfica y el mantenimiento vincular con sus colonias. La Marina en Guerra combatía donde el escenario bélico le venía impuesto, dejando a los recursos de la estrategia y de la táctica sus resultantes. La Marina en paz era absolutamente necesaria para mantener la unidad y el contacto entre las distintas partes del mundo hispánico, y por tanto interpretar el papel de elemento decisivo para el ejercicio de una política viable en el ámbito exterior. España necesitaba tener una Marina de Guerra potente si quería volver a dominar las vías de acceso a sus posesiones ultramarinas, y la precisaba con urgencia, porque la pérdida del control de sus posesiones podía suponer la pérdida misma de los territorios. Por tanto, el determinante más significativo de la política exterior española en los primeros años del setecientos es la velocidad de su recuperación y su vuelta a la escena de la política europea realizada con ímpetu y audacia, aunque tenga de negativo el olvido por parte de Alberoni de los intereses oceánicos, mientras se emprendían peligrosas aventuras en Italia. Fue un error que habría de pagarse caro, ya que la Carrera de Indias seguía siendo la fuente casi exclusiva de donde podía volver a surgir el poderío naval hispano. Inglaterra lo entendió bien y atacó siempre frontalmente, mirando al océano de una manera decisiva, a la caza y captura de los galeones españoles. La España que vivió Jorge Juan supo mucho de ello.

Las constantes del reformismo borbónico

La política española de los Borbones gravitó sobre un amplio programa reformista, quizás más en razón de exigencias dinásticas que de intereses



Retrato de Felipe V. (Museo del Prado, Madrid).

nacionales, al menos en una primera fase. La nueva dinastía, que no se consideraba heredera de la España decadente del siglo anterior, se lanzó de inmediato a la contraofensiva, aun sin medir las fuerzas del país. La sostenida rivalidad franco-inglesa aporta de rechazo la revitalización de la Marina española, y en base a ello se definen los esfuerzos para su reconstrucción, ya que el mar se convertía en vínculo de unión franco-español, sobre todo en la defensa de tronos borbónicos en tierras de Italia. Se realizaba así un impulso que favorecía a España, pero su transfondo daba la auténtica imagen de la acomodación a lo fran-

cés antes que a lo autóctono, al menos en los primeros tiempos de consolidación dinástica. La constante inicial del reinado de Felipe V será la de los intentos de desvincularse de la política absorbente y comprometedora de su abuelo el rey de Francia, y si a veces logra independizarse en las cuestiones internas, no podrá lograrlo en sus guerras y su diplomacia exterior, lo que supone para España la pérdida de Flandes, Sicilia, Nápoles, Cerdeña, Gibraltar y Mahón. España será así la gran sacrificada de sus tratados de paz con Francia porque, como ha escrito el almirante Álvarez-Arenas, «los Borbones españoles recogen la España que queda después del para nosotros triste tratado de 1713... Bajo la máscara del equilibrio europeo se ocultaban la rapacidad inglesa, el oportunismo francés y el anonadamiento hispánico».

Sin embargo, en otro orden de cosas, el cambio de dinastía facilitó la nueva toma de contacto entre España y Europa, en mutua discordancia desde la quiebra de los ideales hispánicos con la derrota de Westfalia. La nueva dinastía se animaba a intentar una remodelación interna del Estado y trazaba

también una nueva política exterior tras la pérdida de la hegemonía europea. El esfuerzo ha de ser grande y mantenido. El rechazo de las corrientes culturales de allende fronteras no podía de entrada allanar unos caminos cerrados a cal y canto. Las nuevas ideas filosóficas, científicas y técnicas que debían ayudar a recomponer una imagen gastada no encontraron tampoco fácil vía de acceso. Se ha dicho que nuestro siglo XVIII, con todas sus luces y sombras, seguía siendo un «siglo maldito». Y parecía lógico. Al desgaste físico siguió el espiritual. Al caer el imperio político se quebraban los cimientos del espiritual, y se personificaba una actitud crítica ante la herencia de la España barroca. Nuevos tiempos van a comportar la exigencia de nuevas ideas y nuevas formas.

El despegue de la Ilustración

El espíritu crítico de que hacen gala los escritores y filósofos franceses en los últimos años del reinado de Luis XIV, así como algunos autores ingleses —singularmente Locke—, se extiende rápidamente por la Europa que va a llamarse «ilustrada» en un sorpresivo o sorprendente cambio de mentalidades. «Filosofar —sostienen— es dar la razón a quienes corresponde. En reconocer todos sus derechos, en sacudir el yugo de la opinión y de la autoridad», se escribía ya en 1715. Aquello que no concuerde con las deducciones de la razón debe ser rechazado, ya que la razón para los filósofos lo es todo.

Es indudable la influencia que las doctrinas de Voltaire, Diderot y Rousseau va a ejercer en el desarrollo cultural de la sociedad española del setecientos, una notable influencia; pero no es menos cierto que la Ilustración «a la española» tiene en líneas generales un balance muy favorable, pues, desde 1713 hasta 1788, España disfruta de un eficiente sistema de gobierno que le permite, primero, restañar las heridas de la guerra, contener más tarde la decadencia y dar un paso decisivo en el camino del bienestar y la prosperidad.

La Ilustración se mueve en todos los órdenes, y sus reformas afectan a todas las ramas de la economía y la cultura, cuyos éxitos más notables se contabilizan en un aumento notorio de la población, colonización interior de tierras despobladas, planes de obras públicas, fomento de la agricultura, implantación de la industria, reactivación del comercio, establecimientos bancarios, creación de academias y centros científicos de experimentación. La Marina se ilustra también, por cuanto el censo de marinos ilustrados es numeroso: el marqués de la Victoria, el propio Jorge Juan, Ulloa, Tofiño, Malaspina, Valdés, Mazarredo... Y no solo en nombres, sino en instituciones, como las Reales Academias de Guardias Marinas, el Colegio Naval de Cirugía gaditano, el Observatorio Astronómico. Los marinos ilustrados no rehúyen la tradición española, pero saben muy bien que la España del XVIII no es la de dos siglos atrás. Admiran el Siglo de Oro español, con sus ricas manifestaciones,

pero no ignoran que las nuevas corrientes vienen de más allá de sus fronteras. Es minoría selecta que analiza y razona, pero también viaja, conversa y sobre todo estudia mucho y lee libros. Los marinos de la Ilustración querían y comenzaban a profesar ideas nuevas en el campo científico económico, y hasta social; no se oponían a las reformas, pero eran muy pocos los que ponían en duda la fe católica, dentro de un espíritu liberal, encuadrados por tanto en el marco de una Ilustración a la española, a estilo y semejanza de los Feijoo, Jovellanos o Campomanes. Porque la Ilustración nacional está abierta a las ideas, y se van ganando batallas gracias a los Mutis, Jorge Juan, Císcar, Valdés, Mazarredo, y son precisamente Jorge Juan junto con Alea, Clavijo Piquer y Feijoo quienes sostienen la compatibilidad de la ortodoxia con los avances científicos, y también la compatibilidad entre la admiración y la crítica de lo extranjero con la admiración y la crítica de lo español.

La Ilustración en España no se redujo a los enciclopedistas franceses ni fue totalmente antirreligiosa o simplemente deísta, aunque en la fracción reformista se integren los inconformistas desde amplios márgenes del escepticismo. El padre Miguel Batllori ha resumido la cuestión diciendo que con referencia a toda Europa se puede hablar de una corriente ilustrada dentro del cristianismo y aun del catolicismo. La Ilustración española fue cristiana porque sus valedores no aceptaron nunca la carga deísta de los enciclopedistas franceses o sus colegas ingleses.

Con sus luces y sus sombras, sus logros o sus frustraciones, esta fue la España que le tocó vivir a Jorge Juan...

